

CRIMINALES DE GUERRA

15-9-71

Por Rafael GAMBRA

El "criminal de guerra" como figura jurídica es de invención reciente. Data precisamente del final de la última Guerra Mundial, cuyos vencedores, reunidos en Yalta para entregar a los Soviets como botín de guerra naciones enteras, acordaron declarar "criminales de guerra" a los jefes políticos y militares de sus enemigos vencidos e iniciar en Nuremberg el más increíble de los procesos de la Historia.

A partir de este momento, después de cada guerra internacional un Tribunal formado necesariamente por el vencedor juzgará como criminal al vencido convirtiendo en ley y jurisprudencia lo que será resultado del azar y de la fuerza.

Antes de esta época se consideró siempre que el enemigo en campo abierto (en guerra) puede estar convencido de su derecho y obrar con conciencia subjetivamente recta. Y que el vencido, por serlo, merece un respeto y consideración que dictan la caridad, la caballerosidad y el honor. (Incluso era frecuente rendir honores al vencido que se batió con heroísmo.) La imagen de la rendición de Breda que nos legó Velázquez —el gesto noble y afectuoso con que Spínola acoge al vencido— será para siempre el símbolo de aquel espíritu. Al igual que Nuremberg y Rudolf Hess —el último de los vencidos que aún se pudre en Spandau— lo serán de la nueva moral de guerra en la época "humanitaria". Por eso se ha llamado a Nuremberg el *anti-Breda*, como al cuadro de las lanzas el *anti-Nuremberg*.

Sin embargo, hay un sentido en el cual el concepto de "criminal de guerra" puede ser aceptable y profundamente real. No se trata de un delito imputado por un tribunal del vencedor ni del vencido, pues uno y otro son partes y no jueces y se han valido de la fuerza para dirimir su cuestión. El Tribunal en estos casos está constituido por el propio sujeto y por la lógica discursiva, por la que toda mente se rige. Si, por ejemplo, en una guerra de raíz ideológica o de principios, un combatiente promotor de la misma se declara más tarde a favor de los ideales del enemigo, no sólo traiciona a su causa, sino que —por haber mediado una guerra— se "autodeclara" criminal de guerra.

Así, no hace muchos años, un poeta y unos intelectuales falangistas, grandes teorizantes y cantores de la Guerra de España, se declararon por la Democracia, por una España "problemática" y por la europeización. Y más recientemente un grupo de carlistas fuertemente respaldados han manifestado públicamente su adhesión como tales carlistas a la Revolución, al Socialismo y a la "libertad religiosa".

Pero Democracia, europeización, Revolución, Socialismo, laicismo de Estado, eran los ideales de la República del 14 de abril. Entonces, ¿PARA QUE PROMOVIERON Y ALENTARON AQUELLA GUERRA? ¿Quién resucitará a sus muertos?

Es cierto que una persona puede cambiar de opinión, y hasta se calificará de sabia su decisión si se funda en buenas y meditadas razones. Pero quien ha tenido a lo largo de su vida una destacada —y grave— actuación política, si tal mudanza le ocurre, lo único que dignamente puede hacer es entonar un "mea culpa" personal y retirarse a la vida privada en el mayor silencio posible.

Si, por el contrario, estos sujetos pretenden mantenerse en la vida política activa, e incluso seguir titulándose lo que antes fueron, será su propia decisión lo que les constituirá, no sólo en "renegados", sino —mediando una contienda— en estrictos "criminales de guerra".